

Montañas de Lena: una guía de cincuenta poemas

CELSE PEYROUX

Acaba de publicar Julio Concepción un nuevo libro. No sé si se trata de una antología de cincuenta poemas, de métrica cuidada y de rima asonante, donde el primer verso se lo dieron los dioses para luego terminar son su propia cosecha una obra tan exquisita. Puede ser una nueva forma de caminar sobre el paisaje aprendiendo de la Mater Natura todo cuanto somos. Es, sin duda, una defensa a ultranza de la naturaleza escrita por alguien que la ama y la respeta. Es una guía de las más completas que jamás caminante llevara en su mochila para, luego, armonizar páginas y fotos con cielos y paisajes o, sencillamente, una deliciosa simbiosis de todos estos ingredientes mezclados con un profundo saber, estar, observar, investigar, recorrer, comunicar y difundir todo un cúmulo de sutilezas en una alquimia que sólo está reservada a quienes están a punto de conseguir la senda que lleva al umbral de lo perfectible.

Si ya **Por los pueblos de Lena** —su anterior entrega—, con su vida diaria, sus productos rurales, el trabajo comunal, sus oficios artesanales y la razón de los nombres de las cosas y de los valles a través de su tradición oral, se mostraba como un trabajo hecho a conciencia y cuidadoso, el binomio vino a completarse con esta guía

titulada «Por la montañas de Lena (A golpe de mochila y de silencio)» en la que Julio Concepción rescata de las frondas del tiempo todo cuanto encuentra a su paso por bosques y valles, pueblos y montañas, para darle vida: desde La Pola a Tablao, en los días más cortos del invierno; desde Tiós hasta Pandoto, rompiendo el silencio de la nieve; desde L'Ablanea a La Vachota, entre el sosiego de los ganados y el silencio de los *mayaos*, o los colores ocres y policromados del otoño —*seronda, na nuesa chingua*— por los bosques de Xomezana. Abajo, a los pies del caminante, se columbra el bello panorama de Zurea, donde un azor de ojos azules, guitarra en bandolera, con una hoja de olivo en el pico y un poema en sus garras quiso tener su nido de amor.

Así, Julio Concepción, en su caminar retozón, como el niño que todo lo pregunta, va encontrando respuesta gracias a su saber y paciencia. Aquí una foto, más allá el apunte cuidadoso del terreno ondulado de una «fastera» y su topónimo correspondiente. Allí la flor silvestre y sus poderes curativos, del otro lado del río averiguar si el sendero «fay curva» o se empina ladera arriba y, en fin, lo más trascendental, las entrevistas mantenidas con los lugareños: Luciano, Maruja, César Matilde, Raúl,

Guillermo... la lista es inacabable porque muchas mujeres y hombres de buena voluntad han colaborado con sus testimonios y son la esencia de este libro.

Desde uno de los cantiles del Aramo veo a Julio Concepción caminar, con su mochila al hombro, en busca del tiempo perdido dispuesto a ser útil a las nuevas generaciones. Es una mañana fría de diciembre. Las gentes ya se aprestan a vivir la Navidad entre bolas de colores y confeti, vinos espumosos y mazapanes, mientras el tormento de la hambruna y de la injusticia cae con toda crueldad sobre el Africa Negra y la América Latina. Las manos de la nieve se han posado sobre las cumbres y, en los bosques, las últimas hojas las arrastra el viento por el valle abajo. En una vallina umbría, el urogallo busca la protección del acebo y las rojas bayas que le darán comida durante el invierno. De una aldea sale el humo azulado de una chimenea mientras Pacho Felisa va a «arrimar las vacas» al cortinal del Perú. Por la tarde, el investigador-caminante regresa al fondo del valle y lo hace a la usanza de aquel visitante que nos canta Alfonso Camín en su **Retorno a la Tierra**: «...si soy el roble con el viento en guerra, / ¿Cómo viví con la raíz ausente? / ¿Cómo se puede florecer sin tierra?»